

CAPITULO XI

En el que Periquillo cuenta cómo entró á ejercicios en la Profesa:
su encuentro con Roque: quién fué su confesor:
los favores que le debió, no siendo entre éstos el menor haberlo acomodado
en una tienda.

INMEDIATAMENTE que llegué á la portería de la Profesa dí el recado de parte del padre que iba á dar los ejercicios. El portero me preguntó mi nombre: lo dije, entónces vió un papel y me dijo: está bien, que metan su cama de vd. Ya está aquí, le dije: la traigo á cuestas.—Pues entre vd.

Entre con él y me llevó á un cuarto donde estaba otro, diciéndome: este es el cuarto de vd. y el señor su compañero. Diciendo esto se fué, y yo luego que le iba á hablar al compañero conocí que era el pobre Roque mi condiscípulo, amigo y fámulo antiguo. El tambien me conoció, y despues que nos abrazamos con la ternura imaginable, nos preguntamos recíprocamente y nos dimos cuenta de nuestras aventuras.

Admirado se quedó Roque al saber mis sucesos. Yo no me ad-

miré mucho de los suyos, porque como él no habia sido tan estraviado como yo, no habia sufrido tanto, y sus aventurillas no habian pasado de comunes.

Al fin le dije: yo me alegro mucho de que nos háyamos encontrado en este santo cláustro, y que los que algun dia corrimos juntos por la senda de la iniquidad, nos veamos juntos tambien aquí, animados de unos mismos sentimientos para implorar la gracia.

Yo tengo el mismo gusto, me dijo Roque, y á este gusto añadido la satisfaccion que tengo de pedirte perdon, como de facto te lo pido, de aquellos malos consejos que te dí, pues aunque yo lo hacia por lisongearte y grangearme mas tu proteccion hostigado por mi miseria, no es disculpa: ántes deberia haberte aconsejado bien, y aun perdido tu casa y amistad, que haberte inducido á la maldad.

Yo poco habia menester, le dije: no tengas escrúpulo de eso. Créete que sin tus persuasiones habria siempre obrado tan mal como obré.

¿Pero ahora tratas ya de mudar de vida: sériamente? me dijo Roque. Esa es mi intencion, sin duda, le contesté: y con este designio me he venido á encerrar estos ocho dias.

Me alegro mucho, continuó Roque: pero, hombre, no sean tus cosas, por la Virgen: ya somos grandes, y tú le has visto al lobo no sólo las orejas sino todo el cuerpo; y así debes pensar con seriedad.

No me disgusta tu fervor, le dije: sin duda eres bueno para fraile, y te habia de asentar lo misionero.

No pienso en ser predicador, me contestó, porque no me considero ni con estudios ni con el espíritu propio para el caso, pero sí pienso en ser fraile, y por eso he venido á tomar estos santos ejercicios. Ya estoy admitido en San Francisco, y si Dios me ayuda y es su voluntad, pienso salir de aquí y entrar al noviciado luego luego.

Me alegro, Roque, me alegro. Tú has pensado con juicio; aunque dice el refran, que el lobo harto de carne se mete á fraile. Ese es uno de tantos refranes vulgares y tontos que teniamos, decia Roque. Aun cuando quisieras decirme que despues que dí al mundo las primicias de mi juventud y ahora que tengo un pié en la vejez, quiero sujetarme al claustro y vivir bajo obediencia, no dirias mal; pero ¿acaso porque fuimos malos muchachos y malos jóvenes, hemos de ser tambien malos viejos? No, Perico: alguna vez se ha de pensar con juicio: jamás es tarde para la conversion, y otro refran dice, que mas vale tarde que nunca.

No, no te enojas, Roquillo, le dije; haces muy bien: esta es una chanza: ya conoces mi genio que naturalmente es jovial, y mas con amigos de tanta confianza como tú; pero haces muy bien en pensar de esta suerte, y yo procuraré sacar fruto de tu enojo.

¡Qué enojo ni qué calabaza! decia Roque: ya conozco que hablas con chocarrería; pero te digo lo que hay en el particular.

En esto tocaron la campana y nos fuimos á la plática preparatoria.

Concluidos los ejercicios de aquella noche, entró el portero en mi cuarto y me dijo de parte de mi confesor, que despues de la misa de prima en la capilla, lo esperara en la sacristía. Leimos yo y Roque en los libros buenos que habia en la mesa hasta que fué hora de cenar, y despues de esto nos recogimos, habilitándome Roque de una sábana y una almohada.

Al dia siguiente me levanté temprano, oí la misa de prima, esperé al padre y comencé á hacer mi confesion general, enamorándome mas cada dia de la prudencia y suavidad del confesor.

El sétimo concluyó la confesion á satisfaccion del confesor y con harto consuelo de mi espíritu. El padre me dijo que el dia siguiente era la comunión general: que comulgara y no fuera á desayunarme á mi cuarto, sino á su aposento, que era el número 7, sa-

liendo de la capilla sobre la derecha. Así se lo prometí y nos separamos.

Increible será para quien no tenga conocimiento de estas cosas, el gusto y sosiego con que yo dormí aquella noche. Parece que me habian aliviado de un enorme peso, ó que se habia disipado una espesa niebla que oprimia mi corazon, y así era á la verdad.

Al dia siguiente nos levantamos nos aseamos y fuimos á la capilla, donde despues de los ejercicios acostumbrados, se dijo la misa de gracias con la mayor solemnidad, y despues que comulgó el Presbitero, comulgamos todos por su mano llenos del mas dulce é inexplorable júbilo.

Concluida la misa y habiendo dado gracias, fueron todos á desayunarse al chocolatero, y yo, despues que me despedí de Roque con el mayor cariño, fuí á hacer lo mismo en compañía de mi confesor, que ya me esperaba en su aposento.

¡Pero cuál fué mi sorpresa, cuando creyendo yo que era algun padre, á quien no conocia sino de ocho dias á aquella fecha, fuí mirando que era mi confesor el mismísimo Martin Pelayo, mi viejo amigo y excelente consejero.

Al advertir que ya no era un Martin Pelayo á secas, ni un muchacho bailador y atolondrado, sino un sacerdote sábio, ejemplar y circunspecto, y que á éste y no á un extraño le habia contado todas mis gracias, no dejé de ruborizarme: á lo ménos me lo debió conocer el padre en la cara, pues tratando de ensanchar al espíritu, me dijo: ¿qué no te acuerdas de mí, Pedrito? ¿No me das un abrazo? Vamos, dámelo, pero muy apretado. ¡Cuántos deseos tenia yo de verte y de saber tus aventuras! Aventuras propias de un pobre muchacho sin experiencia ni sujeción. Entónces nos abrazamos estrechamente, y luego me hizo sentar á tomar chocolate, y continuó diciéndome: Toda vergüenza que tengas de haberte confesado conmigo, es escusada, cuando sabes que he sido peor que tú,

y tan peor que fui tu maestro en la disipacion. Acaso mis malos consejos coadyvaron á disiparte, de lo que me pesa mucho; pero Dios ha querido darme el placer de ser tu director espiritual, y de reemplazar con máximas de sólida moral los perversos, consejos que te dí algunas veces.

Porque ese espíritu no se acobardara con la vergüenza, traté siempre de confesarte en lo oscuro, y tapándome la cara con el pañuelo; mas luego que logre absolverte, quise manifestarme tu amigo. Nada de cuanto me has dicho me coje de nuevo. Yo habré cometido todos los crímenes que tú: ante Dios soy delincuente, y si no me he visto en los mismos trabajos, y me he sujetado un poco mas temprano, ha sido por un efecto especial de misericordia. Con que así no estés delante de mi con vergüenza. En el confesonario soy tu padre, aquí soy tu hermano: allí hago las veces de un juez, aquí desempeño el título de amigo que siempre he sido tuyo, y ahora con doble motivo. En vista de esto me has de tratar aquí como aquí, y allá como allá.

Fácil es concebir que con tan suave y prudente estilo me ensanchó demasiado el espíritu, y comencé á perderle la vergüenza, mucho mas cuando no me permitió que le hablara de vd. sino de tú como siempre.

Entre la conversacion le dije: hermano, ya que te he debido tanto cuanto no puedo pagarte, y me has dicho que el caballo, la manga, el sable y todo esto debo restituirlo, te digo que lo deseo demasiado, porque me parece que tengo un sambenito, y temo no me vaya á suceder con esto otra burla peor que la que me sucedió con la capa del Dr. Purgante. Cierto es que yo no me robé estas cosas; pero sea como fuere, son robadas, y yo no las debo tener en mi poder un instante.

Yo quisiera quitármelas de encima lo mas presto, y ponerlas en tu poder para que ó avisando de ello en la Acordada, ó al público

por medio de la Gaceta, ó de cualquiera otra manera, se le vuelva todo á su dueño lo mas pronto, ó no se le vuelva; el fin es que me quites este sobrehueso, porque si lo bien habido se lo lleva el diablo, lo mal habido ya sabes el fin que tiene.

Todo esto está muy bueno, me dijo Pelayo; pero ¿tienes otra ropa que ponerte? Qué he de tener, le dije, no hay mas que esto, y seis pesos que han sobrado de las pistolas. Pues ahí tienes, decía Martin, como por ahora no puedes deshacerte de todo, pues te hallas en estrema y legítima necesidad de cubrir tus carnes aunque sea con lo robado. Sin embargo, veremos qué se hace. Pero dime: ¿qué giro quieres tomar? ¿En qué quieres destinarte? ¿O de qué arbitrio imaginas subsistir? porque para vivir es menester comer y para tener que comer es necesario trabajar, y á tí te es esto tan preciso, que mientras no apoyes en algun trabajo tu subsistencia, estás muy dispuesto á abandonar tus buenos deseos, olvidar tus recientes propósitos y volver á la vida antigua.

No lo permita Dios, le dije con harta tristeza; pero hermano mio, ¿qué haré si no tengo en esta ciudad á quien volver mis ojos, ni de quien valerme para que me proporcione un destino ó donde servir aunque fuera de portero? Mis parientes me niegan por pobre, mis amigos me desconocen por lo mismo, y todos me abandonan, ya por calavera, ó ya porque no tengo blanca, que es lo mas cierto, pues si tuviera dinero, me sobrarian amigos y parientes aunque fuera el diablo, como me han sobrado cuando he tenido; porque lo que estos buscan es dinero no conducta, y como tengan que estafar nadie se mete á averiguar de dónde viene. Venga de donde viniere, el caso es que haya que chupar, y aunque sea el chupado mas indigno que Satanás, amasado con Gestas y Júdas, nada importa; los lisongeros paniaguados incesarán al ídolo que los favorece por mas criminal que sea, y con la mayor desvergüenza alabarán sus vicios como pudieran las virtudes mas heroicas.

Lo siento, hermano; pero esto lo sé por una continua experiencia. Estos amigos pícaros que me perdieron y que pierden á tantos en el mundo, saben el arte maldito de disfrazar los vicios con el nombre de virtudes. A la disipacion, llaman liberalidad: al juego, diversion honesta, por mas que por modo de diversion se pierdan los caudales: á la lubricidad, cortesanía: á la embriaguez, placer: á la soberbia, autoridad: á la vanidad, circunspeccion: á la grosería, franqueza: á la chocarrería, gracia: á la estupidez, prudencia: á la hipocresia, virtud: á la provocacion, valor: á la cobardía, recato: á la locuacidad, elocuencia: á la zoncería, humildad: á la simpleza, sencillez: á la..... pero ¿para qué es cansarte, cuando sabes mejor que yo lo que es el mundo, y lo que son tales amigos? En virtud de esto, yo no sé qué hacer, ni de quién valerme.

No te apures, me dijo el padre Pelayo; yo haré por tí cuanto pueda. Fía en la Suprema Providencia; pero no te descuides, porque hemos de estar en esta triste vida á Dios rogando y con el mazo dando.

Su Magestad te pague tus consuelos y consejos, le dije; pero hermano, yo quisiera que te interesaras con tus amigos á efecto de que logre algún destino, sea el que fuere, seguro de que no te haré quedar mal.

Ahora mismo me ha ocurrido una especie, me dijo, espérame aquí. Al decir esto se fué á la calle, y me quedé leyendo hasta las doce del dia, á cuya hora volvió mi amigo.

En cuanto entró, me dijo: albricias, Pedro: ya hay destino. Esta tarde te llevo para que te ajustes con el que ha de ser tu patron, con quien te tengo muy recomendado. El es amigo mio y mi hijo espiritual: con esto lo conozco, y estoy seguro de sus bellas circunstancias. Vaya, tú debes dar á Dios mil gracias por este nuevo favor, y manejarte á su lado con conducta, pues ya es tiempo de pensar con juicio. Acuérdate siempre de las desgracias que has

sufrido, y reflexiona en los pagos que dan el mundo y los malos amigos. Vamos á comer.

Le dí los debidos agradecimientos, se puso la mesa, comimos, y concluido esto rezamos un Padre nuestro por el alma de nuestro infeliz amigo Januarió. Dormimos siesta, y á las cuatro, despues de tomar chocolate, salí en un coche con el padre Pelayo á la casa del que iba á ser mi amo.

En cuanto me vió parece que le confronté, porque me trató con mucha urbanidad y cariño. Tal debió ser el buen informe que de mí hizo nuestro confesor y amigo.

Era hombre viudo, sin hijos, rico y liberal; circunstancias que lo debian hacer buen amo, como lo fué en efecto.

El destino era cuidar como administrador el meson del pueblo llamado *San Agustín de las Cuevas*, que sabeis dista cuatro leguas de esta capital, y girar una buena tienda que tenia en dicho pueblo, debiendo partirse á medias entre mí y el amo las utilidades que ámbos tratos produjeran.

Se deja entender que admití en el momento, llenando á Pelayo de agradecimientos: y habiendo quedado corrientes, y aplazado el dia en que debia recibir, nos fuimos yo y mi amigo Martin para la Profesa.

En la noche platicamos sobre varios asuntos, rematando Pelayo la conversacion con encargarme que me manejara con honradez y no le hiciera quedar mal. Se lo prometí así, y nos recogimos.

Al dia siguiente me dejó mi amigo en su aposento, y á poco rato volvió habilitado de géneros y sastre: hizo me tomara medida de capa y vestido, y habiéndole dado no sé qué dinero, lo despidió.

Si me admiró la generosidad del padre Pelayo, y si yo no hallaria expresiones con que significarle mi gratitud, fácil es conjeturarlo. El me dijo: te he suplido este dinero y he hecho estas dili-

gencias en tu obsequio por tres motivos: porque no maltrates mas esa ropa que no es tuya; porque no te exponga ella misma á un borchorno, y porque tu amo te trate como á un hombre fino y civilizado, y no como á un payo silvestre. Hace mucho al caso el traje en este mundo, y aunque no debemos vestirnos con profanidad, debemos vestirnos con decencia y seguir nuestros principios y destinos.

A los tres dias vino el sastre con la ropa: me planté con capote y chaquetita; pero al estilo de México: Pelayo fué conmigo al meson, donde le entregué el caballo y sus arneses: volvimos á la Profesa, hice una lista de todo lo que le entregaba, y al otro dia puso Martin todo aquello en poder del capitan de la Acordada, para que éste solicitara sus dueños ó viera lo que hacia.

No restando ya mas que hacer sobre esto, y llegando el dia en que habia de recibir la tienda y el meson, fuimos á San Agustin de las Cuevas: me entregué de todo á satisfaccion: mi amo y el padre volvieron á México, y yo me quedé en aquel pueblo manejándome con la mejor conducta, que el cielo me premió con el aumento de mis intereses y una série de felicidades temporales.

CAPITULO XII.

En el que refiere Periquillo su conducta en San Agustin de las Cuevas, y la aventura del amigo Anselmo, con otros episodios nada ingratos.



SI como se dice, que el sábio vence su estrella, se pudiera decir con mas seguridad que el hombre de bien con su conducta constantemente arreglada, domina casi siempre su fortuna por siniestra que sea.

Tal dominio experimenté yo, aun las ocasiones que observé un proceder honrado por hipocresía; bien que luego que trastrabillaba y me descaraba con el vicio, volvia mis adversas aventuras como llovidas.

Desengañado con esta dolorosa y repetida observacion, traté de pensar seriamente, considerando que ya tenia mas de treinta y siete años; edad harto propia para reflexionar con juicio. Procuré manejar me con honor y no dar que decir con aquel pueblo.

Cada mes en un domingo venia á México, me confesaba con mi